

—No, porque aun no se ha dado ninguna otra nueva orden acerca de los presos de la casa de Correos, y desde ahora quedo yo á la mira.

Eugenia salió del palacio de Murat con alguna esperanza en su corazon.

Deseosa de no volver á encontrarse con su hija y el artesano que lo esperaban, hasta llevarles la noticia de la salvacion de su padre, y no sabiendo qué direccion tomar, comenzó á discurrir por las calles de Madrid á la ventura.

Donde quiera, todo lo encontraba desierto, y únicamente su estado de agitacion no la permitió comprender todo el inminente riesgo que corria, atravesando los mismos puestos en donde los franceses permanecian, posesionados de los principales puntos y bocacalles, en actitud vigilante y amenazadora.

Cuando atravesaba por parages en donde no se hallaba el enemigo, entonces era cuando Eugenia sentia verdadero terror.

Allí circulaban, aprovechándose de su estrecha libertad, algunas gentes del pueblo.

Pero por lo mismo, la situacion de Eugenia se hacia allí más terrible, toda vez que entre los muchos comentarios que se hacian y rumores que circulaban, asegurábase con gran certeza que aquella misma noche debian ser fusilados muchos de los españoles que estaban prisioneros: júzguese cuál seria la angustia de la hija de Montenegro.

De este modo, y á través de horas que la parecieron más largas que siglos, llegó á ocultarse el sol.

La hija de Montenegro se encaminó entonces por tercera vez al alojamiento de Murat.

Pero este habia salido.

Belliard tampoco estaba.

El primero se habia dirigido al local que ocupaba la Junta de Gobierno.

Belliard, á comunicar las órdenes necesarias para preparar nuevas y sangrientas hecatombes.

Eugenia, sabedora del sitio en donde podria encontrar á Murat, se encaminó á él llena de terrible emocion, temiendo que llegaría demasiado tarde.

Al fin tuvo que esperar.

Murat se hallaba demasiado ocupado en aquel momento, para que Eugenia pudiese llegar hasta él.

Descargaba el peso de su cólera contra los individuos de la expresada Junta:

La hija de Montenegro creyó oportuno esperarle.

Murat aun tardó una hora mortal para Eugenia.

Por fin salió, pero salió despechado.

Habia jurado en su interior vengar en el pueblo la resistencia que habia osado oponerle el animoso Gil.

Eugenia, al verle, se dirigió á su encuentro.

Ya hemos visto el resultado de sus palabras y las súplicas hechas al duque de Berg.

Le habia pedido un imposible.

Con el corazon destrozado, el alma llena de amargura, la cabeza trastornada, se dirigió, casi maquinalmente, en seguimiento de Murat y su comitiva.

Pero esta corria con tal velocidad, que la infeliz mujer la perdió de vista bien pronto.

Es verdad que tampoco ella podia correr.

La faltaba el ánimo, habia perdido hasta el aliento.

Aterradores fantasmas cruzaban su mente.

La vida de su anciano padre iba á ser inmolada.

El indomable orgullo de Montenegro había hecho inútiles las gestiones de su hija por salvarle.

Había creído llenar, con un nuevo deber cumplido, el inmenso y terrible vacío de su pasado, y poseer un nuevo título al amor de su hija.

Aquella mujer, que tan gran tributo había pagado á la vanidad, había sentido borrarse esta con el último golpe recibido en la muerte desastrosa del baron del Pino.

Desde aquel momento fatal se encontró sola en el mundo, en el triste recinto de un convento, colocada dentro de él en una posición equívoca, y mirada con cierta humilladora reserva por las mismas religiosas.

Entonces también comenzó á pensar en dos seres que hasta el último extremo le habían sido, más que indiferentes, aborrecidos.

Al recordar que tenía una hija, y que ella sola hubiera podido llenar el abismo que ya con horror encontraba en su alma, el corazón de Eugenia latió de un modo extraño, inexplicable para ella.

Esto sucedió pocas horas después de haber escrito á la inocente María aquella carta, de que por medios tan eficaces pudo apoderarse Utrera, carta que llenó de indignación.

¡Rápido é inconcebible cambio!

¡Así avanza al mal la especie humana, ó retrocede por inesperado choque al camino del bien!

Pero tal vez Eugenia retrocedía tarde.

Preocupada y llena de un profundo terror, iba la desgraciada Eugenia tal vez á casa de Murat á hacer una nueva y última tentativa, conociendo que de su padre nada conseguiría la que había recibido su pública maldición.

De este modo llegó hasta la Puerta del Sol.

Era ya muy entrada la noche.

Un numeroso grupo llamó de un modo terrible la atención de la hija de Montenegro.

Alrededor de este grupo, y á manera de una cadena, brillaba un espeso círculo de bayonetas.

Eugenia sintió una aguda punzada en su razon.

Arrastrada, ó más bien impulsada por una fuerza, por una especie de presentimiento secreto, corrió hácia el grupo.

Este llevaba su direccion al Prado.

Las bayonetas que Eugenia habia visto brillar, pertenecian á una escolta de soldados franceses.

Rodeaban á unas cuarenta personas del pueblo, próximamente.

Entre ellas contábanse gentes de todas las clases, y tambien de ambos sexos.

Un sacerdote venerable y dos mujeres figuraban en el número.

Iban aparejados y atados brazo con brazo por medio de cordeles.

Eran todos los prisioneros que habian estado hasta aquella hora detenidos en la casa de Correos.

Las pocas gentes del pueblo que en tal sazón se atrevian á cruzar por aquel punto, vieron con terror pasar á la comitiva.

Nadie se engañó acerca de la suerte que esperaba á aquellos infelices.

Iban al suplicio.

Eugenia, por un febril y desesperado impulso, se avanzó hasta penetrar entre los soldados del piquete.

Fijó una mirada de angustia infinita en las víctimas que iban tan pronto á ser sacrificadas.

Un grito que debió rasgar el seno de la infeliz, se dejó oír de un modo tan penetrante, que llegó á todos los oídos.

—¡Padre mio!—exclamó de un modo indefinible.

Y al pronunciar esta exclamacion, cayó desplomada.

Un militar se acercó rápidamente á sostenerla.

—Tranquílcese, amiga mia,—dijo acercando sus labios al oído de Eugenia,—le salvaré.

Pero Eugenia no podia comprenderle.

Habia perdido el conocimiento.

La comitiva continuaba con fúnebre celeridad, y lo que acabamos de referir pasó tambien en menos tiempo del que hemos empleado en trasladarlo al papel.

El oficial del piquete tuvo que abandonar el cuerpo inanimado de Eugenia, dejando tendida á esta en la calle.

Cuando los franceses se habian alejado ya, dos hombres del pueblo se acercaron á socorrer á la desgraciada hija de Montenegro.

Esta tardó mucho tiempo en recobrase.

La impresion recibida, habia sido terrible.

CAPITULO XLVIII.

Desolacion.

El bárbaro francés no hallaba aun bastante satisfecha su cólera: se habia propuesto abatir al pueblo por medio de cruentas matanzas; y si esto no era fácil obtenerlo con un pueblo tan valeroso y heróico como el español, cuando ménos conseguia llevar la consternacion y el luto al seno de centenares de familias.

Habíamos omitido consignar aquí, que ya en la tarde de aquel dia se habia elegido, como otros tantos teatros de estas escenas sanguinarias, una casa que hacia esquina á las calles del Príncipe y Carrera de San Gerónimo, donde los montones de cadáveres allí mutilados ofrecian á la vista un espectáculo horroroso.

Tambien frente á varias casas de la calle Mayor se hizo bajar á un crecido número de habitantes, los cuales, unidos á indefensos é inofensivos transeuntes, fueron sin piedad muertos á balazos contra las mismas puertas.

¡Casi nos falta el tiempo preciso para hablar de tanta sangre!

Y sin embargo, la cabeza, el corazón y la pluma nos parece que están empapados de ella.

Tal es la abundancia de crímenes, de verdaderos asesinatos, cometidos en aquella época de triste recordación.

Montenegro y sus compañeros habían permanecido aun en la prisión, entre la vida y la muerte, hasta la hora á que nos referimos.

El altivo anciano, aconsejado por su odio profundo á los enemigos de nuestra independencia, y arrastrado por su noble anhelo de no desalentar á los demás prisioneros, á quienes tanto había animado, con la tentadora perspectiva de la libertad que había ido á ofrecerle su hija, rechazó á esta y el perdón, de que era portadora.

Los mismos infelices que esperaban allí de un momento á otro la muerte, mostráronse asombrados de tanta firmeza.

Alguno hubo que manifestó su disgusto por la manera con que había procedido respecto de Eugenia.

Pero el anciano encontró, aunque sin decir toda la terrible verdad de su secreto, los medios de justificarse.

Después de esto, como hemos dicho ya, continuó en sus exhortaciones, animando á todos con sus enérgicas palabras al sacrificio.

Por último se acordó de que dejaba en el mundo un ser, una criatura sencilla abandonada al azar.

Entonces procuró remediar, ó más bien conjurar los peligros que pudiesen ofrecérsela en el porvenir.

Acercóse al centinela que guardaba la puerta, y por un ventanillo desde donde aquel atisbaba, le rogó que llamára

á su jefe, á quien dijo deseaba comunicar una cosa importante.

En vez de un oficial se presentaron dos.

Uno de ellos era el que tan interesado y generoso se habia mostrado en secundar los planes de Eugenia.

Por un momento creyó que Montenegro habria tomado otro acuerdo, y que la perspectiva de la libertad le habia al fin tentado, despues de la fria reflexion.

Con esta idea se acercó al anciano.

Pero Montenegro le dijo:

—Caballero, estoy solo, en este momento no tengo de quién valerme, voy á morir, y como dejo en el mundo seres débiles y desvalidos, deseo tratar de su porvenir antes que llegue mi última hora.

El oficial retrocedió asombrado.

—Pero, ¿os obstináis en seguir la suerte de los demás? —dijo.

Montenegro, sonriéndose con digna indiferencia, respondió al generoso oficial:

—Doy á Vd. gracias por su interés; pero mi resolucion es irrevocable: tal vez en otras condiciones aceptaría, si quiera porque los cortos años que me resta vivir, les son necesarios á una persona querida.

—Pues entonces, —replicó el francés, —aun creo más injustificable vuestro empeño: ¿quereis suicidaros?

El anciano añadió con firmeza:

—Es inútil, caballero, os lo repito: yo soy hombre de honor ante todo, y mi deber y mi conciencia me mandan morir al lado de mis compañeros: si no lo hiciese así, sería un miserable: ó todos ó ninguno.

Al oír estas palabras el oficial, comprendió que en vano lucharía contra aquella voluntad de acero.

Interesado noblemente por Eugenia, la conducta del anciano para con esta, conducta que él habia presenciado, no impidió que tambien la extraordinaria hidalguía de aquel le interesase.

Así es, que arrastrado por una viva simpatía, dijo á Montenegro con un acento de respeto y de consideracion, que este no pudo ménos de agradecerle:

—Pues bien, caballero, disponed de nosotros.

Y designó al oficial de guardia.

Montenegro alargó su mano al oficial, y estrechando con efusion la de este, dijo:

—Gracias, caballero, me haceis un señalado favor: os ruego tengais la bondad de facilitarme algun papel y tintero...

—Nos está prohibido,—respondió el oficial de la guardia.

—Caballero,—añadió Montenegro,—no tema Vd. nada, no por eso faltará Vd. á sus instrucciones: deseo testar, y que Vd. y su compañero me sirvan de testigos...

Los dos oficiales consultaron entre sí.

Por fin, resolvieron acceder á la peticion del anciano.

Sobre una mala mesa de pino que allí habia, escribió poco despues el anciano su testamento.

Dejaba todos sus inmensos bienes á María.

Sin embargo de que acababa de maldecirla, no olvidó tampoco á Eugenia.

La consignó una renta, suficiente para vivir.

Pero la obligaba á permanecer en un convento, dentro ó fuera de Madrid.

«Si así lo hace,—decia en el testamento literalmente,—le retiraré desde la otra vida mi maldicion.»

Despues del testamento escribió una carta.

Iba dirigida á María.

Dentro de ella envolvió y cerró el testamento, tambien cerrado, y con sobre al conde de M...

Nombraba á este su testamentario, y en una nota de reconocimiento que consignó, al ocuparse de María, encargaba al conde la tutela de la jóven.

Despues de llenar este deber, volvió á llamar al oficial.

El conocido y auxiliar de Eugenia tornó á presentarse.

—Ruego á Vd.,—le dijo Montenegro,—que momentos antes de salir al sitio adonde me llevarán en breve con todos mis compañeros, haga llegar mi última voluntad á manos de mi segunda hija.

El oficial tomó la carta con cierta turbación.

Aquel anciano le conmovia.

Verdad es tambien que Dios le habia dotado de un corazon humano y generoso.

El conde de Toreno, al ocuparse de este noble militar, aunque incidentalmente, lo consigna así.

Montenegro, para quien no pasó desapercibida la simpatía del oficial, añadió:

—Ahí van las señas de mi casa... Le doy gracias por la humanidad conque me trata Vd. No le pido juramento de que cumplirá mis deseos, pues leo en su corazon, aunque apartados por obtáculos insuperables, puedo en este momento llamarle mi amigo... Así, pues, abracémonos; este será su juramento respecto de mí... Para Vd., le servirá como una muestra de mi gratitud.

Y alargó sus brazos al oficial.

Este le estrechó á su vez entre los suyos.

Cuando se retiró de allí, sintió que llevaba húmedos los ojos: se hallaba fuertemente conmovido.

Los demás prisioneros presenciaron todo esto con extrañeza.

Montenegro les dijo sonriéndose:

—Tiene un buen corazón: lástima grande que el destino le haya hecho enemigo de nuestra patria.

A los discursos que Montenegro había pronunciado anteriormente, sucedió un acto más grave, más solemne.

El sentimiento pátrio cedió su lugar al sentimiento religioso, á la idea de Dios y de su eternidad.

El sentimiento religioso en España, fué uno de los grandes elementos que contribuyeron á la desgracia de Napoleon.

Los momentos eran preciosos.

Un sacerdote, cogido al salir de una iglesia, había sido trasladado, casi de los últimos, á la casa de Correos.

Durante la sobreexcitación entusiasta de sus compañeros, permaneció retirado y silencioso, acercándose solamente algunos momentos á consolar al infeliz de quien hemos dicho gemía amargamente.

Movido por su religioso celo, dirigióse á los prisioneros.

—Hermanos míos,—dijo con voz solemne,—para que el sacrificio de todos sea grato á los ojos de Dios, como lo será á la patria, preciso es que nos preparemos á morir como buenos cristianos.

A la voz del sacerdote siguió un murmullo de aprobación.

Después reinó un profundo silencio.

El sacerdote continuó:

—Los enemigos de España, con la impiedad que hoy hemos tenido ocasión de ver en ellos, querían privarnos de los auxilios espirituales, matándonos como á perros.

Estas últimas palabras causaron una honda sensación.

—Pues bien, hermanos y compañeros míos,—prosiguió

el eclesiástico;—si quereis, no saldrán con su intento; yo, el mayor pecador de todos vosotros, os ofrezco los auxilios de mi ministerio: ¿quereis aceptarlos, compañeros?

—Sí, sí,—gritaron todos;—queremos morir como cristianos que somos.

El sacerdote añadió entonces:

—De este modo, si algun escrúpulo pudiera turbar vuestra conciencia al morir, desaparecerá con la confesion de vuestras culpas: el enemigo de nuestra pátria y de nuestra religion, se admirará de veros morir con la tranquilidad de los antiguos mártires. En el nombre de Dios, que nos vé y ha de juzgarnos á todos, voy á purificar vuestras almas, concediéndooos su perdon. Venid, hermanos míos: esta es la hora del Señor.

Lo que desde entonces pasó allí, es indescriptible.

Todas las cabezas se descubrieron, y todos aquellos valerosos hijos de la más gran nacion de Europa, cayeron prosternados ante el ministro de nuestra religion.

Cada cual se ocupó de registrar el santuario de su conciencia, pronunciando las oraciones del penitente.

Mientras tanto, el religioso fué confesándolos uno á uno, con un celo verdaderamente apostólico.

Este acto solemne duró una hora.

En todos aquellos corazones se derramó un bálsamo inefable, que hasta les hizo olvidarse por algunos momentos del desastroso fin que les esperaba.

Concluida su mision, el sacerdote se puso á orar.

De rodillas, con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos elevados, se entregó á una larga y fervorosa oracion.

Sus compañeros continuaban tambien orando.

El que hubiera contemplado aquel cuadro sublime; el

que hubiera podido leer en el alma de cada uno de aquellos futuros mártires de la independencia española, habría tal vez envidiado su destino.

El amor de la patria les conducía á la muerte.

La muerte les llevaba, en alas de la fama, al templo de la gloria, que el porvenir concede á los héroes.

La religion, purificando sus conciencias, les preparaba el camino del cielo.

¡Bendita muerte!

¡Bendita religion la religion del Gólgota, que al descender con la sangre del Redentor, como infinito raudal de consuelo y de esperanza, sobre la frente de la humanidad, ha podido derribar el imperio de la muerte, mostrando al hombre las dulzuras imperecederas de una vida inmortal!...

Las oraciones duraron hasta que las sombras de la noche habian penetrado ya en aquella prision, convertida en un templo.

El silencio era tan solo interrumpido por el suave murmullo de los rezos, que cual celeste melodía, se alzaban monótona y dulcemente, subiendo á las regiones del Eter á acariciar el tronc de Dios.

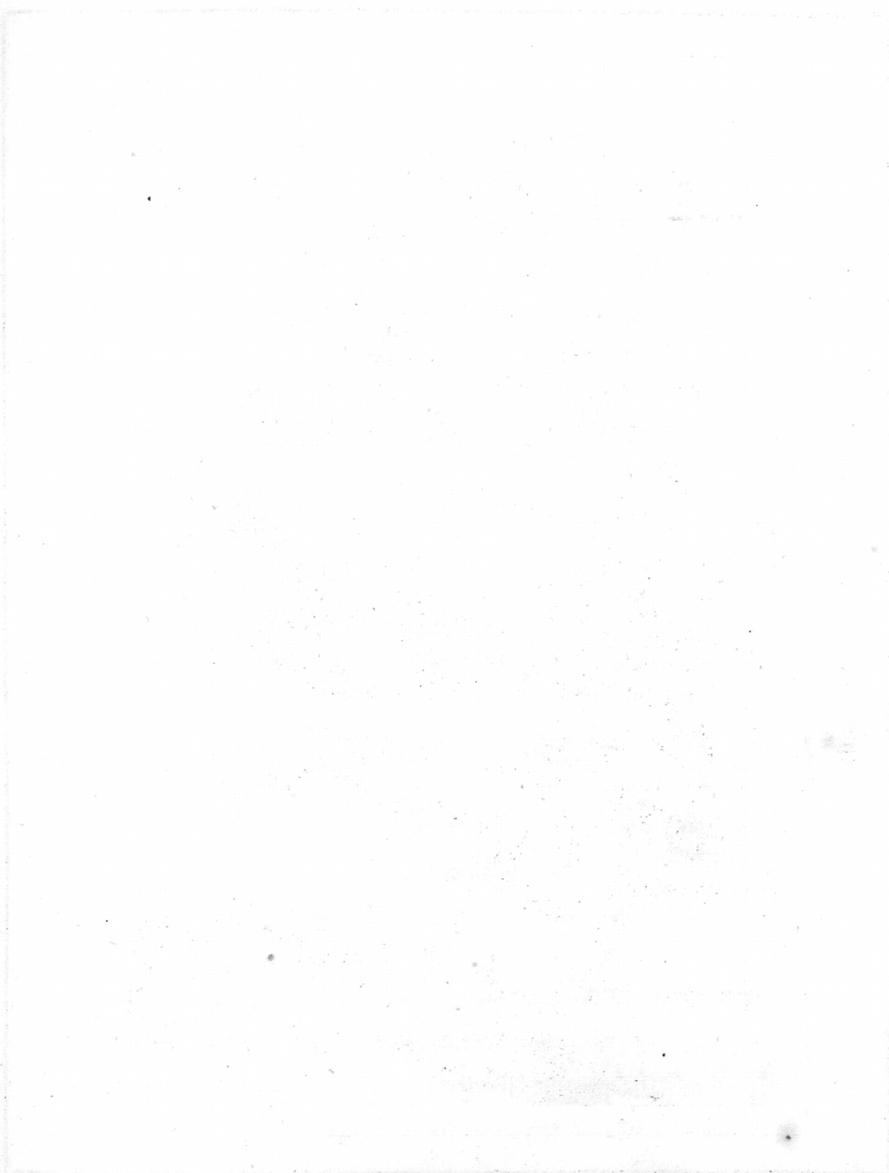
De pronto, un rumor cercano vino á interrumpir esta escena conmovedora.

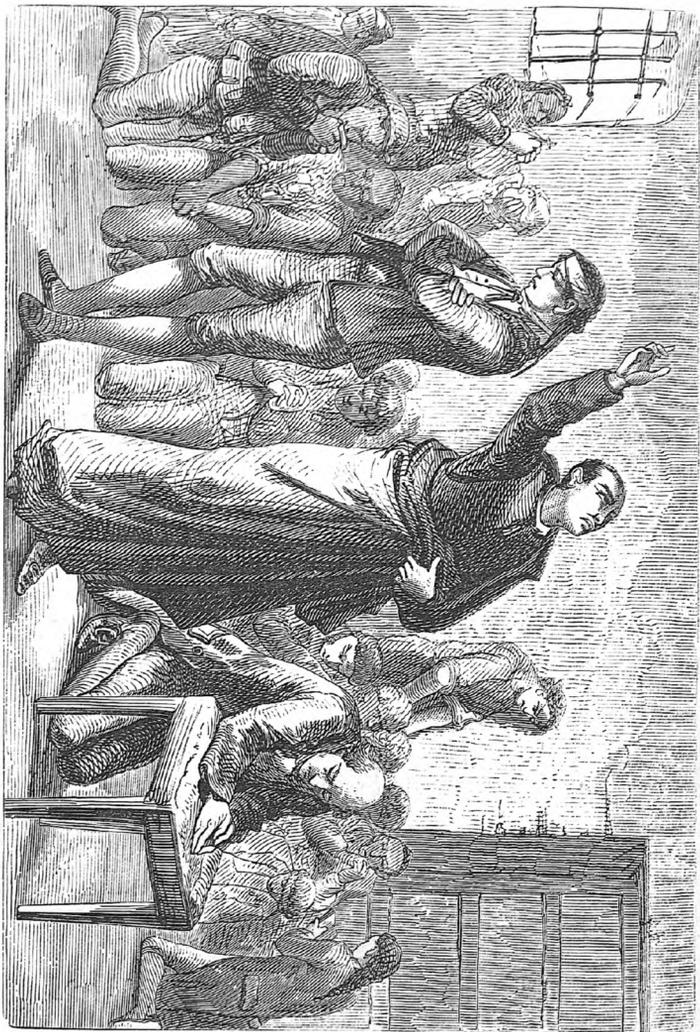
El sacerdote se levantó súbitamente.

—Hermanos míos,—dijo en la oscuridad,— hé aquí llegado el momento... Decidme desde el fondo de vuestras almas si os arrepentis sinceramente de vuestras culpas.

—¡Sí, padre mio!—dijeron todos á una voz, sin levantarse del suelo, é inclinando sus frentes en actitud humilde.

El sacerdote dirigió nuevamente sus ojos al cielo, á





Y bendijo á sus hermanos de martirio.

través de una reja de aquella estancia, desde donde vió brillar con vívido fulgor algunas estrellas.

Extendió su mano sobre los prisioneros.

—Pues en el nombre de Dios Trino y Uno,—dijo,—yo os absuelvo, hermanos míos, y os doy su santa bendición.

Y bendijo á sus compañeros de martirio.

La puerta de la prision se abrió entonces con estrépito.

A la luz de algunos faroles, vieron los prisioneros muchos soldados franceses apiñados á la entrada.

Cuatro granaderos de la guardia imperial penetraron en seguida, y dirigiéndose á los prisioneros, les hicieron formar en parejas.

Colocados así, los ataron codo con codo, por medio de fuertes cordeles que traian al efecto.

Terminada esta operacion, los sacaron de allí.

En la calle esperaba una numerosa escolta.

Dentro de esta se colocó á los prisioneros.

En seguida se pusieron en marcha.

Pero á los primeros pasos sucedió una cosa muy notable.

Una mujer del pueblo, haciendo desesperados esfuerzos, rompió las filas, y penetró en el centro.

Los soldados la vieron, sin oponerla resistencia, arrojarse sobre uno de los prisioneros.

—¡Epifanio!—gritó la infeliz con voz desgarradora.

—¡Paca!—exclamó á su vez el primero, extendiendo hácia ella la única mano de que podia disponer.

Hubo un momento de confusion, durante el cual aquella desconsolada mujer sollozaba y abrazaba al valiente artesano que ya conocen nuestros lectores.

Era su amada.

Durante las dos últimas horas que precedieron á la salida de los prisioneros, habia permanecido la desventurada sin apartarse de la puerta del edificio.

Habia sabido que su amante se encontraba allí.

En vano habia suplicado á los soldados y á los oficiales que la permitiesen ver al prisionero.

Los oficiales la habian escuchado con indiferencia, tal vez porque era una pobre jóven del pueblo.

En cuanto á la soldadesca, no cesó de mortificar á la desdichada, que arrojó todas sus pullas y obscenidades con una resignacion, comparable tan solo á la angustia de que se hallaba poseida.

Epifanio no sabia cómo consolar á su amada.

Por más que con toda su indudable serenidad se habia acordado de ella constantemente, no habia previsto lo que ahora le acontecia.

La primera impresion fué de lástima y de dolor por la pobre jóven.

—¡Valor! ¡valor!—la repetia conmovido, sin acertar á pronunciar otra frase.

Y por la primera vez durante aquel aciago dia, sintió deseos de llorar.

Y con efecto, sus ojos vertieron lágrimas.

Pero de repente, su altivez le hizo acordarse de que le contemplaban los franceses.

Entonces, procuró despedirse cariñosamente de su amada.

—Adios, Paca,—decia el artesano.—¡Adios! vete, querida mia... Ten valor... Acuérdate de mí... Pero véte, véte, ¡en el cielo nos veremos!...

Pero fué en vano su intento.

La jóven se asió á él con todas sus fuerzas.

—¡No, no!—exclamaba,—¡no te dejaré!

—¿Pero no ves que padeces, y me haces padecer á mí tambien?... ¡En vez de llorar deberias alegrarte, puesto que muero por la pátria!... ¡Véte, Paca, y no me obligues á que me avergüence de que me vean tambien llorar!

Una súbita reaccion se obró en aquella mujer.

Las palabras de Epifanio causaron en ella una sensacion extraña...

De pronto cesó de llorar.

Enjugó sus ojos con el revés de su delantal, y dijo á Epifanio con una voz, que este extrañó al conocer era tranquila:

—Tienes razón, Epifanio; el llorar aquí está mal, y á la verdad no tengo de qué... Ya lo vés, querido mio, estoy tranquila.

Y como la comitiva continuaba su fúnebre camino, la jóven seguia al paso al lado de su amante.

Este, que creyó comprender en parte la resolucion de su Paca, como él decia, quiso detenerla, impedir que le siguiese.

—¡Vamos!—la dijo sin dejar de andar,—abrázame y véte.

Pero la jóven repuso:

—No, Epifanio, no; aun no es hora; ya te abrazaré luego.

—Pero, ¿qué es lo que intentas?

—Ir contigo...

—¿Adónde?

—Adonde vas tú.

—Paca... ¡estás loca!

—No, te engañas...

—¡Paquilla!

—Mírame bien, Epifanio; ¿puede decir nadie que yo tengo ahora cara de afligida?

Su amante la contempló con cierto asombro.

No se atrevía á comprender en toda su extension la resolucion de su amante.

—Pero, en fin,—dijo mirándola con deslumbramiento,—¿sabré yo de una vez qué es lo que por último intentas hacer?

—Ya lo vés,—respondió con perfecta calma su amante,—me habias prometido ser mi esposo... como mujer tuya debia seguirte al último extremo del mundo...

—¿Y qué?...

—Pues bien, Epifanio, te sigo.

—¿Sabes tú adónde vamos, desdichada?

—Lo sé.

—Y entonces...

—Te sigo, Epifanio.

—No puede ser, Paquilla,—la replicó Epifanio rechazándola y abrazándola á la vez nuevamente;—véte, Paca, véte.

—¿Es decir que no me quieres?

—Pues porque te quiero, deseo no verte aquí.

—Es inútil, Epifanio; he formado mi resolucion.

El artesano aun procuró convencer á su amada para que se retirase; pero sus intentos fueron vanos, y aquella apasionada mujer se enlazó á él con la más firme resolucion.

Los mismos soldados no osaron apartarla.

De este modo continuó la comitiva su camino.

Un nuevo accidente vino á detenerles.

Pero fué breve.

Nuestros lectores saben muy bien de qué accidente hablamos.

Del que se refiere á Eugenia.

Su padre, que iba en el centro, oyó el grito de la infeliz.

Y reconoció á su hija.

En su corazón resonó aquel grito de un modo tal, que desde entonces el anciano, al caminar al suplicio, llevaba fija en su mente y en su alma la palabra «perdon.»

Por fin los prisioneros llegaron al teatro de horrores á que los conducía la perfidia del extranjero.

Un monton de cadáveres, mutilados en su mayor parte, se ofreció á sus ojos.

Los franceses colocaron á sus víctimas cerca de aquel monton humano.

Hubo, durante algunos minutos, una terrible confusion.

Una valerosa mujer se obstinaba en morir.

Era la amante de Epifanio.

Por más que el mismo jóven, aterrado de su decision, procuraba persuadirla, era inútil.

En los ojos de Paca brilló una mirada de fiereza.

—¿Me rechazas?—preguntó á Epifanio de un modo terrible.

—¡No, no te rechazo,—respondió el jóven,—únicamente no quiero que mueras!

—¡Pues moriré, moriré contigo!

Y se abrazó á Epifanio fuertemente.

En medio de toda esta lucha y de la agitacion en que estaban los demás, aconteció una cosa digna de atencion.

Pero ni los mismos prisioneros pudieron fijarse en ella.

Como á diez pasos de distancia, algunos soldados arastraban á un hombre.

Este luchaba por desasirse de ellos.

Mas no pudo resistir al número, á pesar de sus desesperados esfuerzos, concluyendo por ser trasportado casi en el aire.

Epifanio no tuvo ya palabras ni fuerzas para oponerse al intento de su amada.

Dejóse abrazar por ella, y la abrazó á su vez tiernamente.

—¡Por fin iremos juntos!—exclamó ella con un placer y una expresion de terrible sublimidad.

De pronto resonó una descarga.

Al resplandor de los fogonazos, vióse vacilar y agitarse aquel grupo de hombres, y algunos gritos sucedieron al eco de los tiros.

Los franceses, cuando el humo de la pólvora se hubo desvanecido, vieron á varios hombres que aun permanecian en pié.

Habíanles respetado aun las balas.

Entonces hicieron los granaderos una nueva descarga.

Poco despues, ayes y gemidos desgarradores interrumpian el silencio de aquella noche fatal.

Muchos desgraciados, mal heridos y revolcándose en su sangre, luchaban con una espantosa agonía.

Durante algunas horas, las descargas de los enemigos de la patria se repitieron muchas veces.

La venganza de Murat no acababa de saciarse.

Lo que el fusil no hacia, lo acababa el cañon.

¡Cuántos infelices madrileños, mutilados y abandonados sin piedad, estuvieron revolcándose y gimiendo, en-

tre cadáveres aun palpitantes, hasta la madrugada del siguiente dia!

Dice la historia que algunos fueron enterrados cuando aun conservaban la vida...

¡Horror!

XIX 0.1111770

CAPITULO XLIX.

En que se dan interesantes pormenores acerca de lo que aconteció en la casa de Montenegro.

María y el Maestro habian esperado, llenos de una terrible ansiedad, la vuelta de Eugenia.

Pero esta no aparecia.

Entre la duda y la esperanza, se deslizó de un modo angustioso la tarde del dia 2 de Mayo.

Cuando Eugenia volvió en sí, despues del profundo desmayo que la habia acometido, dijo las señas de su casa, y la condujeron á ella en un estado difícil de expresar.

Llamó á la puerta, y esta se abrió súbitamente, como si detrás de ella estuviese alerta una persona.

María vió aparecer á su madre, pálida como un espectro, andando con dificultad, y con el extravío reflejado en sus negros ojos.

La pobre niña no se atrevió á preguntar.

Eugenia se dejó caer sobre una silla.

—¡Todo ha sido inútil!—exclamó.

María preguntó entonces entre sollozos:

—Pero... ¿no ha podido Vd. conseguir su libertad?

—Sí.

—Entonces...

—Mi padre ha renunciado, ha querido morir, me ha despreciado y... ¡maldecido!

El corazón de María se llenó de horror.

Las palabras y la actitud de su madre la hicieron distinguir, que aquella desdichada había sostenido una lucha terrible.

Muchas veces la pobre niña pretendió en vano consolar á la autora de sus días.

El Maestro no desplegó sus labios.

Se sentía terriblemente impresionado.

Reinó un profundo silencio.

Eugenia, temerosa de darla un terrible golpe, había tenido cuidado de no decir á su hija, que acababa de ver á su anciano padre caminando hácia la muerte.

La infeliz devoraba en el más espantoso secreto, esta parte del drama de aquel día funesto.

Pero un eco lejano la obligó súbito á estremecerse.

Este eco resonó en dirección al Retiro.

Otro rumor semejante se sucedió al primero.

Pero esta vez lo distinguieron nuestros personajes con una espantosa claridad.

Eugenia se levantó, cual movida por un resorte.

Miró á su hija con espantados ojos.

—¿Has oído?—la preguntó.

—El qué...—balbuceó María, no atreviéndose á comprender, y mirando á Eugenia con angustia.

Esta repuso: